

**BELLA**  
**CHAGALL**  
VELAS  
ENCENDIDAS

MISHKIN EDICIONES

Bella Chagall

# Velas encendidas

Ilustraciones  
Marc Chagall

Traducción del *yiddish*: Rhoda Henelde y Jacob Abecasís

**MISHKIN EDICIONES**

Título original de la obra de este volumen:  
*Brenendike Likht* (1945)

Publicados por:  
Mishkin Ediciones, S. L.  
Calle Cervantes, 14, 28014 Madrid  
www.mishkin-ed.es  
mishkin@mishkin-ed.es

© del texto original en *yiddish*: 1945, Bella Chagall  
© de las ilustraciones: 1945-1973, Marc Chagall  
© de la traducción del *yiddish*: 2018, Rhoda Henelde y Jacob Abecasís  
© de esta edición: 2018, Mishkin Ediciones, S. L.

ISBN: 978-84-942189-8-9  
Depósito Legal: M-41151-2018  
Diseño de cubiertas: KEN, Mutilva Alta (Navarra)  
Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)  
Traducción del *yiddish*: Rhoda Henelde y Jacob Abecasís  
Ortotipografía: Vanesa G. Cazorla  
Impresión: Calamar Edición & Diseño  
C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid  
Impreso en España - Printed in Spain

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.*

Velas encendidas  
*Brenendike Likht*



## Índice

Introducción *¿Quién fue Bella Chagall?*

HERENCIA. Prólogo de la autora.....	21
EL PATIO .....	24
EL BAÑO.....	35
<i>SHABBAT</i> .....	47
EL MAESTRO.....	65
EL NUEVO AÑO.....	71
<i>YOM KIPUR</i> .....	78
<i>SUCCOT</i> , LA FIESTA DE LAS CABAÑAS .....	89
LA ALEGRÍA DE LA <i>TORÁ</i> .....	97
LAS PRIMERAS NIEVES .....	104
LA LÁMPARA DE <i>JANUCÁ</i> .....	109
LA QUINTA LUCECITA.....	113
LAS MONEDAS DE <i>JANUCÁ</i> .....	120
LA TIENDA .....	135
INTERCAMBIO DE REGALOS EN <i>PURIM</i> .....	141
EL LIBRO BÍBLICO DE ESTHER.....	151
LOS CÓMICOS DE <i>PURIM</i> .....	161
LA HORA DEL ALMUERZO .....	166
PREPARATIVOS PARA LA PASCUA .....	172
RASTREANDO LA LEVADURA .....	183
LA NOCHE DEL <i>SÉDER</i> .....	185
EL NOVENO DÍA DEL MES DE <i>AV</i> .....	201
UNA BODA EN INVIERNO.....	205
Glosario de términos <i>yiddish</i> y hebreos.....	217

## HERENCIA

### Prólogo de la autora

¡Cosa extraña! De repente tengo ganas de escribir. Y de escribir, precisamente, en mi titubeante lengua materna, el *yiddish*, la lengua en la que, desde que abandoné el hogar de mis padres, casi nunca he tenido ocasión de expresarme.

Los años de mi infancia se han ido alejando y, sin embargo, parecen ir aproximándose cada vez más, como si su aliento quisiera llegar hasta mis labios.

Y puedo verme a mí misma con toda claridad: una niña menuda, gordezuela, que recorre la casa empujando una puerta tras otra y se esconde como un gusanillo, patas arriba, apoyando los pies sobre el borde inferior de nuestras amplias ventanas.

Mi padre, mi madre, mis dos abuelas, mi ilustre abuelo, familiares próximos y familias vecinas, personas pudientes o indigentes, bodas y entierros, nuestras calles y jardines, todo fluye ante mis ojos, como las profundas aguas del río Dvina a su paso por nuestra ciudad.

Mi antiguo hogar ya no existe. Todo se ha desvanecido. Incluso ha muerto.

Mi padre, así interceda por nosotros en el cielo, ya falleció. Mi madre, en cambio, vive —Dios sabe si todavía vive— en alguna ciudad no judía, muy ajena a ella.

Sus hijos se dispersaron por este mundo y por el otro, unos por aquí, otros por allá. Cada uno llevó consigo, sin embargo, a falta de la herencia ya desaparecida, un retazo del sudario de nuestro padre, algo así como el hálito de la casa familiar.

En cuanto despliego mi parte de esa herencia, de pronto suben hasta mí los olores de nuestro hogar perdido. En mis oídos comienzan a resonar las voces de los empleados de la tienda o los



cánticos del rabino en los días festivos. Por cada hueco aflora una sombra que me arrastra, tan pronto como la palpo, a una suerte de rondó con otras sombras.

Se empujan unas a otras, me zarandean por la espalda, rozan mis brazos y mis piernas, hasta que todas a la vez me atacan, cual enjambre de moscas que zumbaran en mis oídos durante un día de bochorno.

No sé qué dirección tomar para escapar de ellas. Me invade un acuciante deseo de robar a la oscuridad aunque fuera un solo día, una hora, un instante, de aquel hogar que ya no existe.

¿Cómo resucitar, sin embargo, ese momento?

Dios mío, ¡qué difícil resulta extraer, de entre los dispersos recuerdos, un fragmento de la vida de entonces! ¿Y cómo podré retenerlos más tarde, cuando mi escuálida memoria se vaya apagando, e incluso vaya muriendo conmigo?

Me entran deseos de ponerlos a salvo.

Recuerdo que tú, mi fiel amigo, con esa afabilidad tan tuya, a menudo me pedías que te relatara mi vida de la época en que aún no me conocías.

Lo hago ahora, y precisamente para ti.

Nuestra ciudad te es querida, a ti incluso más que a mí. Y con tu cálido corazón sabrás captar hasta aquello que yo no acierte a relatar.

Un pensamiento, no obstante, me atormenta: mi dulce hijita, quien únicamente pasó un año, el primero de su vida, en el hogar de mis padres, sus abuelos, ¿acaso me comprenderá?

Confíemos en que así sea.

*Saint-Dyé, 1939*

## EL PATIO

A mediodía, después del almuerzo, la casa queda desierta. Todos se marchan.

Una casa grande, y nadie en ella. A menos que dejes entrar a la cabra que está en el patio o a las gallinas del corral.

Solo se oye, procedente de la cocina, el golpeteo de los platos que en este momento se friegan.

—¿Has barrido el comedor?

Esa voz acompaña a Sasha mientras sale de la cocina, con una larga escoba en la mano.

—¿Qué haces tú aquí? —me increpa.

—¡Nada! —respondo como de costumbre.

—¡Márchate! Tengo que barrer la habitación.

—¿Quién te impide hacerlo? ¡Barre, pues!

Sasha comienza a barrer el suelo y recoger, no ya la basura, sino hasta las últimas voces que resonaban en la habitación. El comedor se enfría. Las paredes, de repente, envejecen. Salta a la vista lo desvaído del empapelado. La mesa, en el centro de la habitación vacía, parece superflua.

Tengo la sensación de que, aquí, también yo soy superflua.

¿Dónde debo meterme? Deambulo por la casa.

Entro en el dormitorio. Las camas arregladas parecen celdas cerradas con llave. ¿Quién osaría acostarse en ellas en mitad del día?

Las camas altas, donde duermen papá y mamá, intimidan con su níquel resplandeciente. En la cabecera y en el pie, unas grandes bolas también de níquel, parecen custodiarlas como soldados haciendo guardia. Me acerco a ellas y el níquel me dispara con su brillo. Al observarme en él, veo mi figura deformada, la nariz partida en dos.

Huyo y me doy de bruces con una puerta cerrada. Había olvidado que también existe el salón.



Esa puerta está siempre cerrada. Hasta le tengo miedo. Desde la boda de mi hermano cuando, en honor a los consuegros, los viejos sillones vieneses fueron sustituidos por muebles nuevos y mullidos, el salón se volvió más ajeno, como si hubiera sido separado de nuestra vivienda.

Allí reina la oscuridad. El sofá y los sillones están tapizados con una gruesa tela de felpa, de intenso color verde musgo. Cuando alguien, incluso un gato, se sienta sobre esos muebles, los muelles de acero gruñen como si estuvieran enfermos y no pudieran soportar que nadie los oprima.

La alfombra también es verde. Se diría que la hierba crece en ella. Unas pocas flores rosas bordadas en el centro repelen los pies de cualquiera, como si la huella que alguno ya dejó allí, no permitiera que otros la pisaran.

Incluso el espejo, alto y estrecho, también se ha vuelto verde. Refleja, tanto por el día como por la noche, el color del mobiliario.

Una vieja palmera, solitaria, erguida junto a la ventana, se reseca de tristeza en esa atmósfera. Con la ventana siempre cerrada y la cortina echada, la palmera nunca ve el sol.

En lugar del sol la iluminan los reflejos de un par de candelabros de bronce, colocados cada uno en su rincón sobre altos pedestales. Sobresalen de ellos unas velas cortas y blancas, que nunca se encienden.

Del techo cuelga una lámpara de araña, también de bronce, a la que solo parecen dar vida los pequeños cristales blancos al oscilar. De noche, la palmera debe de pensar que la luz le llega desde algún astro situado en el techo, como un cielo, y el titilar de las estrellas desde los colgantes de cristal. Esa palmera debe de ser resistente como el hierro, pues así ha aguantado día tras día, durante meses y años...

Nadie se detiene en el salón. Cuando alguien lo atraviesa, lo hace deprisa, como si cruzara un puente que llevara de una habitación a otra.

Cierto es que allí reza papá, con su *taled*<sup>1</sup> y sus filacterias, las oraciones de la mañana. Tal vez tenga la sensación de que sale

1. *Taled*, en hebreo *talit*: chal de tela blanca con rayas negras o azules con el que se cubren los feligreses judíos durante las ceremonias religiosas. [*Salvo que se indique expresamente lo contrario, todas las notas son de los traductores.*]

a rezar a una pradera verde. Cuando en mitad del día entra para buscar algún libro sagrado en la librería, al mueble en sí ni siquiera le dirige una mirada.

Esa librería es el único mueble antiguo que ha sobrevivido en el salón. Allí se quedó, donde siempre estuvo, en un rincón al lado de la puerta. Muy posiblemente, por estar tan abarrotado, no lograron moverlo de su sitio. Absorto en sus libros, el mueble guarda silencio, como si nada tuviera que ver con el resto de la vida en esta casa.

Me aproximo a él, como si de un viejo pariente se tratara. Lo palpo y sus pequeñas patas emiten un gemido. Tiene que resultarles difícil soportar todo el peso de las estanterías.

Echo una ojeada a sus puertas de cristal. Cada estante es, por sí mismo, como un oratorio. Con tapas negras y duras, pegados unos a otros y dando la espalda al cristal, se mantienen en pie los libros de *Guemará*, altos y delgados como unos ancianos judíos que rezaran en silencio, de cara a la pared, las Dieciocho Bendiciones.<sup>2</sup>

En otro estante se alinean los gruesos volúmenes de las Escrituras, así como los libros de oraciones diarias y de días festivos, y el Libro de los Salmos. En los estantes inferiores se apretujan los de plegarias en *yiddish* para mujeres, hasta el punto de que casi se oye salir de allí un murmullo.

Me invade la sensación de que todos esos libros sacros se han conmocionado al posar yo la mirada en ellos. Salgo a toda prisa y a mi espalda los oigo gritarme, igual que gritaba mi anciano abuelo riñendo a mamá porque me enseñaban el ruso, en lugar de buscar para mí un buen maestro del *yiddish*.

De repente me acuerdo:

—¡Ay de mí! ¡Mi menudito maestro, con quien suelo quedarme dormida estudiando el *alef-bet*, va a llegar enseguida! ¡Debo huir!

—¿Adónde corres como una loca, Bashke? —Sasha me detiene.

—¿A ti qué te importa? —le replico con descaro—. A ninguna parte.

Salgo corriendo en dirección al patio.

2. En hebreo *Shmone Esré*, Dieciocho Bendiciones. Oración que se lee en silencio y de pie, durante los rezos de la mañana, la tarde y la noche.

El suelo del porche, aunque es de hierro, cede bajo mis pies. Tiene rendijas finas y espaciadas, en las que se enganchan los tacones de los zapatos.

El muro del edificio es alto, con escaleras de subida y de bajada que serpentean, arriba y abajo, unas sobre otras. Las barandillas, a modo de cadenas, las sostienen.

La escalera más alta conduce al ático acristalado, donde reside un fotógrafo. La más baja desciende casi hasta el centro del patio. Bajo su último escalón tengo mi guarida. Allí es donde juego, allí tengo mi tienda, allí se secan mis húmedas galletas *sablés*. También hay botes de sardinas, rellenos con semillas de cebada o de avena, con toda clase de piedrecitas, cascotes de cerámica y trozos de cristales de color, todo lo que encuentro en el patio y que escondo para que no lo aplasten los pies de extraños.

El patio no es grande, es cuadrado, como un gran cajón rodeado de altas paredes. En él habita un universo completo de gente. Los rayos del sol no llegan hasta él. Un trozo de cielo lo ilumina desde arriba. Por sus paredes descienden franjas de luz.

A su alrededor todo son ventanas y puertas que pertenecen al gran hotel Brozy. Cada ventana corresponde a una habitación y, por cualquiera de ellas, asoma un día una cabeza y al día siguiente otra. En cuanto llega un nuevo huésped se cierra la cortina de la ventana.

—Mira, pequeña, han llegado nuevos huéspedes — me dice el panadero, que ha salido al patio a refrescarse y me señala una ventana con la cortina echada—. Tal vez acaban de llegar del tren y están descansando. No harás mucho ruido en el patio, ¿verdad?

¿Que yo hago ruido? No tuve tiempo de replicarle. Al menos, podía haberme explicado por qué todos los que llegan de viaje están cansados. Es el tren el que corre y no ellos.

El viejo panadero sabe que le tengo miedo. Me asusta su figura cubierta de harina, con ese gorro alto y blanco, y la bata, también blanca.

¿Que yo hago ruido? Estoy tranquilamente sentada debajo de la escalera. Bastante ruido hay ya sin mí en el patio.

Los empleados del hotel, como si fueran ratones, van de un lado a otro, de acá para allá. Uno sale, el otro entra, uno arrastra algo, el otro descarga...

Además, desde la calle entran mujeres que venden huevos, gallinas o nata y arman un buen barullo.

Las gallinas cloquean, la gata se cuela entre las piernas buscando algo de comida y un perro acaba de entrar corriendo, con la lengua fuera y la cola levantada. Asusta al gallo, que se escapa de las manos que lo sujetan. La gata se esconde en un rincón y el perro recorre el patio husmeando por todas partes, como si fuera el encargado de rendir cuentas al propietario.

Los empleados se empujan entre sí y se lanzan pullas unos a otros.

—¡Compra este gallo! —ruega la vendedora a uno de ellos.

—¡Vete al diablo con tu gallo! ¡Es más viejo que *Téraj*!<sup>3</sup>

—¡Dios te proteja! ¡Que se me sequen los brazos y las piernas si te engaño!

—¡Lárgate de aquí, vieja bruja! ¿No oyes lo que te dicen? Que si no...

La anciana, con el gallo entre las manos, enmudece. Decide esperar. Puede que se le pase la cólera al tipo ese. Ahora se había abalanzado sobre otro:

—¿Adónde vas, pedazo de asno? Por tu culpa el barril ha rodado directo al lodo.

—¿Quién? ¿Cómo dices? Seguro que ya estás borracho, so cara de perro, y te metes con todo el mundo. Espera a que me ocupe de ti...

—¡Eh, Piotr, Stepan! —alguien los llama a gritos—. ¡Así ardáis los dos! ¿Habéis pelado ya las patatas? La cocinera está esperando...

Ambos sujetos se despegan el uno del otro y corren de regreso a la cocina.

—Piotr, ¡llévate el gallo contigo! —dice la vendedora persiguiéndolos—. ¡Muéstralo allí en la cocina! ¡Ponedlo a asar y ya veréis cómo os chupais los dedos!

Nadie hace caso a la mujer. El corazón se le escapa por la boca con esos gritos. Cabizbaja, vuelve a meter el gallo en el cesto.

De pronto, desde una ventana, se oye una prolongada llamada, como un largo silbido:

3. *Téraj*: en la Biblia, viejo padre del patriarca Abraham. Equivalente a nuestra expresión «más viejo que Matusalén».

—¡Gla-sha... aa...! ¿Dónde está... ás? ¡Gla-sha... aa...!  
¡Ven aquí! ¿En dónde te has metido? La señorita del número uno te llama...

Solo las lavanderas del hotel, que planchan ropa junto a las ventanas abiertas, no pelean entre sí. Cantan como si el calor de las planchas les caldeara el corazón. Por momentos es como si sollozaran y su triste melodía se estirara cada vez más. Señal de que no mengua el montón de ropa que les siguen trayendo para planchar.

De pronto, entran corriendo en el patio dos jovencitas, hijas del propietario del hotel. Se las oye reír emitiendo chillidos.

Voy a su encuentro y enseguida retrocedo, dando un brinco. Las muchachas están partiendo con los dientes unos langostinos recién cocidos, y de sus bocas parece brotar sangre.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Qué asco!

Tengo la sensación de que estuvieran tragando ratones ensangrentados.

—¡Iván, Iván! —gritaron de pronto ambas, hacia la puerta abierta de la cuadra—. ¡Saca los caballos, que vamos a montar para dar un paseo!

Desde la cuadra se oyó el relincho de dos esbeltos caballos, como si alguien los hubiera llamado. Sus lomos, negros y anchos, brillan como si estuvieran pulidos con cera. Pequeñas gotas de sudor les resbalan por el pelo. De sus cuerpos emana vapor, al tiempo que no dejan de patear contra el suelo y pestañear. Cual ciegos, buscan a tientas el morral de avena que el mozo de cuadra había colgado en la pared para cada uno de ellos.

Meten la cabeza en el morral y se quedan dormidos. Solo respira su largo cuello que, al inclinarse, se estira como una trompeta.

En cuanto al mozo de cuadra, tanto su cabello como las botas relucen recién engrasados. De pie junto a los caballos, los acaricia.

—¡Iván! —le digo—. Pero ¿no acabas de regresar de la ciudad?

—Sí, pero *slushba nie drushba*.<sup>4</sup> ¿No es así, caballo mío? — responde Iván citando en ruso, mientras da al animal una sonora palmada en el costado.

4. *Slushba nie drushba*: proverbio en ruso en el original. Significa «necesidad no es amistad».

Ambos caballos asoman un ojo desde el morral y miran al mozo de cuadra. ¿Por qué no les deja comer en paz? Y desahogan su rabia sobre las moscas, fustigándolas con la cola.

Sus patas recalentadas no se quedan quietas. Constantemente doblan y enderezan las rodillas. Y arañan el suelo con las herraduras, como si quisieran averiguar qué hay debajo.

Acaban de llegar de la ciudad, donde habrán recorrido al galope en un santiamén calle tras calle, mientras que ahora en la cuadra, la pesada cadena de hierro, serpenteando por detrás, los ata a la viga y les impide todo movimiento.

—¡Hii... hiii... hii! —relinchan mientras comen.

—¡Muu... muu... muu! —muge la vaca en el establo al oírlos. Sin poder aguantarme, corro hacia ella.

Así como la cuadra está al menos abierta, y los caballos siempre respiran aire fresco, la vaca se halla encerrada, cual si fuera una ladrona en la cárcel.

Es una hermosa vaca roja y, sin embargo, todo el mundo se avergüenza de ella. El establo es oscuro, sucio y está situado en el extremo del patio, al lado del depósito de basura. Las paredes son delgadas y cualquier ligera brisa las atraviesa. La lluvia penetra por las grietas.

Un gran agujero en la puerta hace de ventanilla. A través de él observo a la vaca.

Está tumbada, sin fuerzas, con el vientre y las patas hundidas dentro de la paja mugrienta. Una nube de moscas la pican continuamente.

La vaca no se mueve de su sitio, donde yace como si fuera ella misma un montón de basura.

¿Será verdaderamente tan perezosa?

Lo cierto es que oye el zumbido de las moscas y, muy rara vez, de mala gana, levanta el rabo, fino y largo, rígido por la suciedad, para apartarlas. De todo su cuerpo, solo la cabeza da señales de vida: de pronto, una oreja se levanta y la otra se baja.

La vaca capta cada ruido que oye, procedente del patio, y lo rumia lentamente, uno a uno, sumida todo el día en su callada melancolía.

Tiene el morro lloroso. Las lágrimas se detienen sobre el blanco de sus ojos. Solo de vez en cuando alguna resbala hasta el largo hocico. No puedo soportar su mirada. Es como una pesada piedra que me oprime el corazón, como si yo fuera culpable de que ella esté encerrada.

—¡Muu... muu... muu! —le susurro a través del oscuro agujero de la puerta.

—¡Muu... muu... muu! —me responde, con pesadez y prolongadamente, mientras mira hacia mí con la muda complacencia de que alguien se haya acordado de ella.

No obstante, bien sabe que no seré yo quien la libere ni tampoco seré yo quien abrirá la puerta del establo. Por tanto, baja de nuevo con amargura la cabeza y espera tumbada a que llegue la hora de que la ordeñen.

En cuanto olfatea el olor de la papilla de salvado dentro del agua hirviente, encoge el vientre que le cuelga, levanta las patas y las ubres y camina hasta la puerta.

Allí se detiene, respira, adivina cada paso y espera.

Escucha cómo Sasha, al otro lado del patio, está cortando en grandes trozos las remolachas y las echa dentro de la cubeta, junto con las largas hojas, las patatas hervidas y las zanahorias. La vaca escucha atenta mientras la criada añade más agua caliente y remueve la mezcla, para que luego no quemé los labios. La vaca ya saca la lengua y golpea la puerta con los cuernos.

Salé disparada en cuanto Sacha abre el establo. Ágil, vivaracha, patea sobre el suelo y mueve las costillas, mientras de su cuerpo caen pegotes de suciedad reseca.

No mira a nadie. Con la cabeza gacha atraviesa el patio como si estuviera enfadada con todos. Justo cuando pasa junto al carro estacionado en el centro, le propina un empujón, como de casualidad. Se diría que va dedicado a los caballos, a los que se mima mucho más que a ella.

Mete la cabeza hasta el cuello dentro de la cubeta, sorbe el agua salpicando y mastica las verduras. El líquido le rebosa por la boca. Los carrillos suben y bajan. El vientre se le rellena como un saco que se inflara. Finalmente, lame la cubeta vacía con su enorme lengua. Todavía tiene hambre.

En ese momento se acerca a ella la criada y le palpa el vientre. La vaca disfruta al contacto de la cálida mano de Sacha y se deja ordeñar.

—Espera, Bashutka, no te vayas —me pide Sasha—. Enseguida vas a beber un vaso de *sirodny*.<sup>5</sup>

Sasha sabe que yo no aguanto escuchar cómo silban las ubres de la vaca, ni tampoco ver cómo escurre de ellas la leche que, con espuma y como si fuera jabón, va llenando el cubo. Me da la impresión de que esa leche huele a sudor.

—¡No, Sasha! ¡No hay tiempo para esperar! ¡Ahora mismo va a llegar el maestro y tengo que estudiar!

—¡Pero toma un par de gotas!

—¡Mañana las tomaré!... —y entre risas corro a alejarme de ella.

5. *Sirodny*: en ruso en el original. Significa «leche recién ordeñada».



## EL BAÑO

Para mí, el *shabbat* comienza desde la tarde del jueves.

Mamá sale de la tienda a última hora y a toda prisa, como si de ese modo quisiera desconectar del bullicio de la jornada de trabajo.

Ya antes de salir de la tienda se le oye gritar:

—Bashke, ¿dónde estás? Vamos al baño. Sasha, ¿está lista la ropa interior? ¡Pronto! ¡Pronto! No tengo tiempo...

La criada envuelve en un papel rápidamente el montón de ropa y lo ata con una cuerda tan gruesa que el papel empieza a rajarse. Me pone el abrigo y me calza las galochas, para cubrirme con la capucha que anuda a mi cuello, hasta que ya no puedo respirar.

—No llores, tontorrón —dice enjugándome las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. Es que hace mucho frío en la calle. ¡Solo me faltaba que te acatarres, Dios no lo quiera!

Casi furtivamente salimos corriendo mamá y yo por la puerta principal de la casa, como si la tienda ya estuviera cerrada por haber llegado el *shabbat*. Lo cierto es que mamá se avergonzaría de atravesar la tienda con un atado de ropa interior bajo el brazo, incluso si fuera envuelto en un papel amarillo.

Y es que allí hay muchos hombres. Además, quién sabe, podrían retenerla de nuevo. Si nos damos tanta prisa es porque ella ha estirado el tiempo hasta el último minuto. Seguramente, el trineo que nos conducirá a la casa de baños nos espera ya a la puerta.

El cochero, siempre el mismo, solía estacionarse frente a nuestra casa. Sabe perfectamente que cada jueves por la tarde, casi a la misma hora, debe llevar a mi madre a la casa de baños.

La tarde, fría y con nieve, nos envuelve como una gélida toalla de baño. Subo al trineo, me cubro con una pelliza totalmente raída y noto la mano de mamá que me agarra, ¡no me vaya a ... ..